

Y O S O Y Q U I E N N O S O Y

Primera edición: octubre de 2025

D. R. © Françoise Roy

D. R. © Mano Santa Editores, por la edición.

Director: Jorge Esquinca

Editor: Emmanuel Carballo Villaseñor

Diseño editorial: Luis Fernando Ortega

Colección: **Prueba de autor**

Codirección: Luis Fernando Ortega y Lizzie Castro

Impreso y hecho en México

Printed and made in Mexico

FRANÇOISE ROY

*Yo soy
quien
no soy*

mano *Santa*
E D I T O R E S

COLECCIÓN: PRUEBA DE AUTOR

*LA SOCIEDAD DE LOS POETAS MUERTOS (DEAD POETS SOCIETY,
PETER WEIR, ESTADOS UNIDOS, 1989)*

Yo soy JOHN KEATING. Soy el profesor de literatura inglesa de la prestigiosa Academia Welton. Manos débiles las mías: en clase se me cayó, hoy, la caja de poesía, y mis alumnos, que sueñan con sueños, la recogieron. Las palabras rodaron, vaya derrame, un rodar y rodar (prefiero la manera de decirlo en francés, «dévaler», aunque lo mío, en verdad, no es la cimera lengua de Molière, sino los hermosos sonetos de Shakespeare). Aquellos versos rodaron sin detenerse hasta el dios, el que dicta la palabra (los griegos, a ése, le decían Hermes; los romanos, Mercurio, y nosotros, ven, todavía no le hemos puesto nombre; quien para nombrarlo si nadie hoy en día sabe leer el zodiaco, ni la cofradía de divinidades que otrora habitaban los mitos como se habita hoy la casa familiar o un barrio en la ciudad.

El dios de la palabra hace ramos con sustantivos y verbos —ni hablar de adjetivos; imaginén el tañido de esos vocablos: «hialino», «resplandeciente», «liminar», «nupcial», «sombrío»—. Hay quien alega que existen

demasiadas palabras en el diccionario, que por eso hay guerras en el mundo [los niños tienen razón: viven y se hacen entender con un vocabulario de apenas quinientas palabras].

Yo soy el apocado Todd Anderson, alumno del profesor Keating. Nos ha hablado del club de los poetas muertos al que perteneció de joven [vimos su foto en un anuario de páginas amarillentas]. Varios amigos y él solían compartir en el bosque «una verborrea que fluía como la savia de un árbol herido». El herido hoy soy yo, con mi padre castrense que cambió el lenguaje por fusiles y botas.

La pistola de un padre, la tristeza de un hijo: dos pólvoras que se maridaron. Todd amaba el teatro, el sonido de las botas, no las militares sino las que acarician las duelas del escenario. Le fascinaba su tralsruhe de sílabas, su rompecabezas de palabras sin rimar a orillas del corazón.

*MANTO NEGRO (BLACK ROBE, BRUCE BERESFORD,
FRANCIA / AUSTRALIA, 1991)*

*Yo soy Pierre Chaumonot, misionero jesuita.
En la vida real, donde no hay pantalla alguna,
y absolutamente toditas las escenas son en vivo,
hace ya cinco siglos, yo fui el padre Laforgue,
no un actor de cine que encarna a Chaumonot.
Sieur Samuel de Champlain, nuestro gobernador,
es quien me ha mandado predicar en estos lares
donde nunca, ni a caballo, se alcanza el horizonte.
Predicar, sí, predicar «aunque todos los árboles
de la isla se convirtieran en ese tanto de iroqueses».
En las noches, una escena aún no me deja dormir:
el haber dejado atrás a nuestro guía e intérprete,
Chomina, que lastimado del pie, no podía caminar,
y no pudo huir con nosotros de nuestros captores.
Se habrá muerto él antes de aceptar el bautismo.*

Stadaconé, una aldea iroquesa. ¡Oh país nuevo que llamaría Voltaire —más tarde en la Historia— un «territorio de nada, una que otra hectárea de nieve»! Utilería del Norte —detenida la invisible ambladura de sus corceles de aire en las puertas del cielo—, el viento

boreal va deshojando con sus pinzas los arces de octubre [bosques de mástiles antes de la palabra «arce»]. Bajo encajes de oro sangran las hojas, vaciándose de la savia que apenas ayer, en septiembre, hacía latir sus diminutas clepsidras de plasma vegetal. El bosque donde caminará el padre Laforgue, en aquel enero, se va deshojando como un cadáver se deshace de la piel que lo adorna. Los rayos del sol son mil puñales que se abren camino entre frondas de carmines encalados. Pero el solsticio es implacable, y ha de rodar para siempre sobre la llaga del mundo: el 21 de diciembre llega el invierno.

Yo soy DANIEL. Tengo frío. Es enero, y me amenaza el mal de escorbuto. Los nativos —dicen aquí— han sufrido epidemia de viruela. El viento del norte es para mí peor que el beso del diablo. En Europa, mis colegas me platicaron de un tal fraile que la Santísima Iglesia mandó (como Champlain a mí) a las misiones franciscanas, éas de la Baja California. Y que, asediado por el sol del desierto dotado de mil agujas, le preguntó al aire: «¿Cuántas espinas tiene este país?». Y enloquecida su mente, una por una se puso a contarlas. Yo me pregunto también si nuestro insigne Jacques Cartier preguntaría a su vez cuántas borrascas heladas del noroît lamen el interminable lomerío de las nieves que es aquí.

El padre Laforgue, en el bosque escarchado, recuerda el mar —ese mantel de mercurio que espejea bajo la rosa de los vientos— y las costas breñosas de Bretaña. Se imagina el viento empujando (como lo hacen los dedos de la flor octogonal que es la rosa marina) los grandes velámenes henchidos de blancura que adornan las goletas, y a veces él las ve surcar todavía el río de Canadá. Monseñor de Laval (primer obispo de la villa que será luego la capital) no sabrá qué está diciendo cuando se quejará —un poco después de la odisea del padre Laforgue castigado por el invierno junto con sus guías algonquinos— que nosotros los Jesuitas bautizamos más castores que indígenas. ¡Quién para aguantar la caricia que propinan —casi una bofetada— las yemas de terciopelo de la brisa gélida! Estar aquí es morir lejos del reino, en una comarca de silbidos en los follajes, de indios cuyo Cristo son los sueños.

*CABEZA DE VACA (CABEZA DE VACA,
NICOLÁS ECHEVARRÍA, MÉXICO, 1991)*

*[...] la tierra y el sol se tragaron al Dios
que trajeron de fuera los españoles*
Santiago Roncagliolo (*Abril Rojo*)

*Soy ESTEVANICO, compañero de ruta de Cabeza
de Vaca. Un lirio de obsidiana en un rosedal de
exploradores. De Malí vinieron mis ancestros, y
lejos de Malí moriré, muy lejos del amado Azamor
marroquí que me vio partir. Sólo cuatro de los
cuatrocientos miembros de la expedición (la de
Pánfilo de Narváez a la Florida) hemos sobrevivido
hasta los laberintos hechos de mezquite y de palo
fierro. Huracán en las Antillas, naufragio en la costa
de Texas, y ahora el páramo donde me alcanzó
[guiño de la suerte] la esclavitud a la que por ley de
nacimiento había escapado.*

La naturaleza, sin el hombre, es un horizonte interminable. Pero ahora, tiene en el seno de su verdor y su amarillo a cuatro caminantes. Un cuarteto de músicos sin instrumentos se acaba de perder en su laberinto de cactáceas: no tenían más cuerdas que las de sus propias

voces, más arcos que los de sus propios enemigos, más cajas de resonancias que sus propios pechos.

Yo soy Alvar Nuñez Cabeza de Vaca, un Conquistador que no conquistó nada, más que las fronteras del viento. Vengo de un barco naufragado, del hambre y de la sed, de los bosques adornados de musgo español de la Florida. Desnudo sigo ahora, exhausto, el camino de la Osa mayor. La lluvia y sus relámpagos, el sol y sus tantas quemaduras, los rayos ácidos del plenilunio carcomieron nuestra ropa. Harapos fuimos, los cuatro, y luego de muchas lunadas, fantasmas pelados que predicaban en voz alta a las liebres, a la yuca, al nopal y a hombres cobrizos que sembraron, en tiempos remotos, sus pasos sin semilla donde nosotros.

Venga la palabra del Señor, que sobrepasa en verdad y belleza la voz del viento, el metrónomo de las constelaciones, el lienzo del agua, los balbuceos del dios que adorara el hombre cobrizo. Un área de Broca menos, y Cabeza de Vaca es, junto con su séquito de profetas, pájaro con brazos por ala y una cruz sostenida en el pico.

Yo soy GONZALO GUERRERO. Caminé durante años sirviendo al chamán que me salvó. Hasta que un día de sol, encontré en el suelo una herradura. La proximidad de hombres aun más blancos que la mañana llenó mi alma (acostumbrada al desierto) de un terror dulce. «Ves», dijeron los demás fuera de sí, «¡estamos salvados!». La balanza de mi corazón se inclinó hasta la greda del suelo para tocar como si fuera ayer los follajes del bosque inicial. Recordando hembras cobrizas, el aria de las oropéndolas, pensé en quedarme, no regresar, no rendirle cuentas al Rey.

La Florida toda, del Golfo a la mar océana que Magallanes llamaría equivocadamente pacífica, se tornó tablero de ajedrez. Ahí no quedó (del ejército del jugador que perdió el partido) más que tres peones blancos y un rey negro, estoicos, sin corona más que la Palabra de Dios, ahora convertida en un ensordecedor trino verde.

*DETRÁS DEL SOL (ABRIL DESPEDAÇADO,
WALTER SALLES, BRASIL / SUIZA / FRANCIA, 2001)*

Yo soy CLARA, muchacha saltimbanqui. Recién llegué a una aldea de polvo, junto con la gran carpa de nuestro circo trashumante. Nos instalamos cerca de la noria del trapiche. Bailo en las alturas, arrojo fuego por la boca, yuento mil historias abracadabantes. Hoy me enteré de lo que pasa aquí: un apellido saca de su funda una pistola y dispara (así nada más, a quemarropa) a otro apellido: es una guerra de apellidos. Los ancestros de ambos bandos, según me contaron, caen cuerpo a tierra, como viles piezas de domino.

Qué bueno que el asesinado de ayer —Ignacio— pasó a mejor vida: no se enterará de que su hermano Tonho [encargado de vengar su muerte] no va a cobrar, esta vez, la vida de un Ferreira. No va a tender la camisa manchada de Ignacio y esperar que la sangre expuesta a la intemperie mute de rojo a amarillo —de sangre a sol— como lo dicta la tradición. Su madre pone la pauta: «Aquí los muertos mandan». ¿Qué pasaría si a una futura enamorada le gustara el hijo del peor enemigo de su padre? ¿Quién debe

pagar las deudas de sangre? El corazón —no la mente, no el pasado, no el recuerdo del machetazo asestado por un solar, una caja de cigarros, una palabra en travesaño— es quien elige ahora a quien amar y a quien odiar.

Yo soy CLARA OTRA VEZ. ¿Puede un beso ser la espada de Damocles? Yo, Clara, sueño con ese beso mágico, el de mi pretendiente Tonho. ¿Puede una simple caricia borrar de tajo, así nada más, cuatrocientos años de sangre derramada bajo el sol?

Porque hay —esta noche— función de arlequines, cuerda floja, contorsionistas y trapecio, el dictamen ancestral se encuentra suspendido. La muerte está acorralada: tiene que dar varios pasos atrás, y acaba adosada a la pared del horizonte. Es un horizonte de película: se tiñe de sangre al atardecer, pero es otra sangre, no la de los antepasados —Breves o Ferreira, no importa, pues los nombres se iban alternando en las esquelas— balaceados, violados, apuñalados, tendidos en el altar de la *vendetta*. Los vengadores deben batirse en retirada: el circo llegó a la aldea, con sus carruseles y sus equilibristas, sus animales cultos, sus pulgas que saltan al comando, sus gatos que saben contar hasta veinte, sus perros que bailan la mazurca con un simple chasquear de dedos, sus leones que atraviesan como si nada aros en llamas, sus corceles

que caracolean al compás de una hermosa melodía, sus muchachas en traje de lentejuelas que iluminan los rayos del ocaso, sus payasos que hacen machincuepas. La gran carpa está hecha de pieles que al calor de la luna llena se habrán de juntar.

Yo soy TONHO BREVES. Quiero huir a caballo a la velocidad del rayo (la campiña del noreste tiene muchos caballos, aunque muy flacos, y el circo —esa maravilla— tiene aun más). Quiero cabalgar ebrio hasta el horizonte colorado, abrazado a la hija del peor enemigo de mi padre. Muerto el perro, digo, debió haberse acabado la rabia.

Yo soy quien no soy
de Françoise Roy,
se terminó de imprimir
durante el mes de octubre de 2025,
en Guadalajara, Jalisco,
MÉXICO.
La edición consta
de 25 ejemplares, numerados
y firmados por la autora.